

MONTSERRAT DEL AMO

# La pequeña

por Montserrat del Amo



**Y**o he sido la pequeña de una familia de nueve hermanos. Por eso no he logrado encontrarme sola, de niña, en ninguna fotografía.

Creo que cuando yo nací ya estaban repartidos todos los papeles: el listo, la buena, la guapa, el empollón,

el despistado... Hasta había un asiduo escritor de su diario personal.

—Y yo, ¿qué? —me preguntaba, entre impaciente e inquieta.

Las chicas me llevaban mil años. Mi hermana María Teresa fue mi primera maestra. Desde que me sacaron de la cuna, me admitió en su cuarto. Me

enseñó a abrocharme los botones del delantal, a conocer las horas en las manillas del reloj del comedor, a juntar las letras y a escribir mi nombre. Eran mayores. Estaban al otro lado de la frontera de los juegos.

Entre María Teresa y yo, cinco varones.



Pero los chicos me rechazaban con sus juegos herméticos.

—Tú tienes que jugar a las casitas.

—O a las tiendas —decían mis hermanos.

Y yo les preguntaba:

—¿Y tú venías de visitas? ¿Y tú de compras?

—¡Ni lo sueñes!

—Llama a Presen o a Maruja —respondían los chicos.

Pero yo no quería llamar a Presen ni a Maruja, que hacían como que jugaban, desertando durante un ratito de la cocina o de la plancha. Yo deseaba meterme en los juegos de los chicos, vividos con tan apasionada fantasía que se sobresaltaban al encontrarse de nuevo con la realidad, sorprendidos por algo que les llegaba de fuera. Por tropezarse conmigo de pronto, por ejemplo.

—Pero, ¡niña! ¡Siempre estás en medio! ¡Quítate, que si te empujo y te tiro, me la gano! Tú, a lo tuyo. A las casitas o a las tiendas, como todas las niñas.

Pero yo no quería ser como todas las niñas y me quedaba mirando los juegos de los chicos toda la tarde, arriada a la tapia, hasta que llegaba la noche, y de la mano de la noche llegaba el miedo; y con la noche y el miedo, la soledad y la rabia de ser irremediablemente la pequeña hasta la hora de la cena.

## La puerta

Ya lo he contado antes: yo era la pequeña. Entre mi padre y yo, cincuenta años de distancia. Los sociólogos colocan tres generaciones en este espacio. Y las había: entre mi padre y yo, tres veces se hundió el mundo.

Yo le conocí ya con la barba entrecana y recuerdo mi necesidad de explicar con frecuencia a los desconocidos.

—No es mi abuelo. Es mi padre.

Una tarde, estaba paseando despacito de su mano, al margen de los chicos que se escondían y gritaban co-

rriendo, cuando mi padre me explicó que esos juegos, para mí incomprensibles, salían de los libros; que los chicos estaban jugando a recrear las novelas de aventuras que leían

Yo comprendí enseguida que los libros eran la única puerta que me permitiría entrar en el mundo fantástico, y hasta ese momento inaccesible, que tanto me atraía.

Corrí al cuarto de los chicos y después de hojear unos cuantos libros escogí el más usado. Era grande, tenía una mancha de tinta en la portada, las tapas verdes, las páginas impresas a doble columna, y unos grabados tan oscuros que, más que mostrar, invitaban a adivinar paisajes nunca vistos.

Por entonces yo había aprendido apenas a juntar las letras y con enorme esfuerzo empecé a empujar la puerta del papel impreso.

A escondidas, apretando las palabras con el dedo para que no se me escapara ninguna letra, empecé a leer en voz baja mi primera novela de aventuras.

Al verano siguiente ya estaba preparada para participar en los juegos de mis hermanos.

Los primeros días, me mantuve a la expectativa, esperando el momento oportuno. Y en el momento oportuno, salté desde cubierta al bote salvavidas mientras el barco zozobraba.

Esta vez, mi presencia no provocó la interrupción del juego, porque yo ya sabía. Yo ya sabía naufragar a tiempo, y llegar a nado a la isla desierta, y dominar a la marinería amotinada y aguantar el embate de las olas en cubierta las noches de tormenta, igual o mejor que cualquiera de ellos.

Ninguno de mis hermanos osó esta vez mandarme a jugar a las casitas.

Yo había de tardar aún varios años en conocer el mar, pero en ese verano navegué por los tres océanos, formando parte de una tripulación capitaneada por Julio Verne, a un promedio de dos naufragios por día, y viviendo inolvidables aventuras.

## Palabras en acción y palabras con música

Tras la aventura de leer libros de aventuras, llegaron las risas y las lágrimas de los niños de Dickens, y después, desordenadamente, cualquier otro tipo de novela. Devoré obras de Valle Inclán, Oscar Wilde y Dostoiewski, cuando todavía seguía leyendo a Karl May y estaba vagamente enamorada de Old Shaterland y de Whinnetoo, al mismo tiempo.

Antes, por vía oral, me había llegado el descubrimiento del teatro y de la poesía.

Yo no había asistido a ningún espectáculo público en un teatro de verdad, cuando ya había escuchado numerosas veces a mi padre, dramaturgo aficionado, en la lectura de sus obras, que estaba dispuesto a realizar ante propios y extraños, con oportunidad o sin ella, en cualquier momento. Algunas se representaron en casa, con un escenario al que no faltaban telón y decorados, en los que recuerdo haber dado algún que otro brochazo.

En un teatrillo de juguete, con personajes pintados y recortados por nosotros, nos divertíamos inventando funciones sobre la marcha o tratando de montar a lo grande el *Cirano de Bergerac* o *El vergonzoso en palacio* que mi madre había visto representar de soltera a la María Guerrero en Barcelona.

Antes de saber leer ya estaba familiarizada con la poesía, porque en mi casa se hacía un consumo constante de poemas.

Confieso que en ocasiones la aplicación de algunos habría llenado de sorpresa a sus autores: *La Salutación del Optimista*, de Rubén Darío, por ejemplo, con el pistoletazo fónico de las esdrújulas del verso inicial, se usaba como despertador, pues resultaba efficacísima para sacudir la pereza y espabilar a los dormilones. Con *La Cena*, de Baltasar de Alcázar, se entretenían o exacerbaban las hambres de la guerra.





ARTHUR RACKHAM, CANÇÓ DE NADAL, BARCELONA: BARCANOVA, 1992.

Tampoco me faltó escuchar el emocionado recitar doliente de un soneto de Lope o Garcilaso por boca del enamorado de turno o la exaltación poética de momentos heroicos.

Cantar, nunca he sabido. Pero aprenderme de memoria y repasar en voz baja un puñado de versos, por el puro placer de seguir la musicalidad de la rima, sin entender del todo o nada las palabras que se me habían prendido en el oído, desde muy pronto me gustaba hacerlo.

Y recitar delante de las visitas: entonces se llevaba.

El puro gozo del sonido fue dando paso a un más profundo gozo, a medida que me iba adentrando cada vez más en la poesía, por la sugerencia de las connotaciones y la comprensión de los significados.

### Una constante compañía

Siempre que vuelvo la vista atrás, en cualquier circunstancia de mi vida,

encuentro un libro, como constante compañero.

Ahora también, cuando escribo estas líneas, los libros me acompañan. ■



## Bibliografía (selección)

### Infantil-juvenil

*Rastro de Dios*, Madrid: Cid, 1960.

*Chitina y su gato*, Barcelona: Juventud, 1970.

*La torre*, Valladolid: Miñón, 1975.

Serie *Los Block* (nueve títulos): Barcelona: Juventud, 1972-79.

*El nudo*, Barcelona: Juventud, 1980.

*Zuecos y naranjas*, Barcelona: La Galera, 1981.

*La fiesta*, Barcelona: Edebé, 1982.

*La piedra y el agua*, Barcelona: Noguer, 1983.

*El abrazo del Nilo*, Madrid: Bruño, 1990.

*La casa pintada*, Madrid: SM, 1991.